

MUTACIÓN DEL TRABAJO, IDENTIDAD Y POSFORDISMO: PRECISIONES METODOLÓGICAS Y APUESTAS CONCEPTUALES

Autor: Agustín Wydler (agustinwydler@yahoo.com.ar)
Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires.

Introducción

El presente trabajo surge como necesidad de comprender las formas de extracción de plus-trabajo y su articulación con el modelo de acumulación vigente en el caso de los trabajadores precarios de una villa miseria. No contando con los recursos hasta el momento para abordar el proceso de investigación, intentamos, no obstante, afianzar un marco teórico adecuado, tanto respecto a las mutaciones del trabajo, como respecto a la problemática de la identidad, habida cuenta de que el trasfondo del proceso investigativo está constituido por la necesidad de evaluar la posibilidad de articular acciones colectivas (“solidaridades horizontales”) en torno a la práctica laboral en este sector del “mundo del trabajo”.

1

Posfordismo:

reconfiguración de la cadena de valorización y mutación del trabajo

Las transformaciones producidas en el ámbito de los procesos de trabajo a nivel mundial suscitaron toda una serie de debates en torno a las potencialidades “emancipatorias” de los nuevos modelos productivos. A partir de la crisis del fordismo a mediados de la década de los ‘70 en los países del capitalismo central, la visión dominante plantea un reemplazo de aquel modelo cuyo pilar fundamental era la excesiva rigidez en un contexto de altísima capacidad de consumo que se plasmaba en un mercado estable y sólido, por un nuevo método de organización de la producción cuya lógica era exactamente la inversa: uno de los trabajos más paradigmáticos de esta perspectiva lleva esta impronta ya desde su mismo nombre: *Pensar al revés* (Coriat, 1992). Esta perspectiva concitó las más diversas reacciones. La más difundida es la de Ben Watanabe (1997), miembro de Rodo Joho (organización de oposición al sindicalismo amarillo de Japón) cuyas críticas se vislumbran ya desde su mismo título: *Pensar o al revés*. Lo que se pone en cuestión es la supuesta

superioridad del modelo japonés (el toyotismo u ohnismo) en términos de mayor participación en los procesos de trabajo, aumento de la responsabilización, con la consiguiente merma en los niveles de alienación, mayor calificación del trabajo, altísimas tasas de sindicalización, empleo de por vida, exaltando las bondades de la *polivalencia* (el fin del trabajo rutinario): lo que el mismo Coriat (1992) termina llamando la “democracia en las relaciones de trabajo”. Si Coriat intuye la ampliación de los niveles de democracia a partir de la extrapolación del modelo japonés, nosotros creemos, con Antunes (2003: 36) que “...tiene una mejor sintonía con la lógica neoliberal, que con una concepción realmente socialdemócrata. [...] En vez de una *socialdemocratización* del toyotismo tendríamos una *toyotización* destructora y disgregadora de la socialdemocracia.”¹. Ya en el propio Japón el toyotismo se estructura sobre una mínima base de trabajadores calificados y con óptimas condiciones de contratación y una masa (que Watanabe estima en el 95% de la clase trabajadora de ese país) de trabajadores tercerizados y precarizados sin ningún tipo de seguridad laboral: subcontratados, temporarios, etc.. La expansión del modelo a nivel mundial (básicamente a *la vieja Europa*) profundizó la crisis de la clase trabajadora, arrasada tanto por la heterogeneización como por la individualización y la disgregación.

La inestabilidad se instala en el centro de la escena: la caída de Bretton Woods y el crecimiento inusitado del sector financiero sólo son síntomas de esta crisis estructural por la que atraviesa el capitalismo. La escuela francesa de la regulación dirá: un nuevo régimen de acumulación se abre paso, obligando a reformular el modo de regulación (las formas institucionales) (Boyer, 1989). Estos, sin embargo, lejos están de ser homogéneos de país en país. Podemos hablar, sin embargo, a nivel mundial de *posfordismo*, como aquella etapa en la cual entran en crisis los modelos fordistas dominantes y se produce una convivencia de diferentes modelos productivos: tayloristas, fordistas y hasta pretayloristas (en el caso del trabajo tercerizado y precarizado). Virno (2000) analiza al posfordismo como el *comunismo del capital*, ya que la libertad de elección (entre diferentes modelos productivos) para el capital es máxima; en la misma línea, Lipietz (1994) analiza las formas que adquiere el posfordismo en los diferentes espacios nacionales, afirmando como uno de sus ejes a la flexibilidad, que esconde tras de sí la flexibilidad de los contratos de trabajo, es decir,

¹ Gaudemar (1978: 121) se pregunta en el mismo sentido: “¿La “democracia industrial” es la forma más elaborada de la disciplina?”.

la ruptura de los viejos acuerdos entre capital y trabajo². Antunes (2003: 26), retomando a Harvey (1990), plantea que la nueva etapa, a la que denomina de *acumulación flexible*, está caracterizada por “...la existencia de una combinación de procesos productivos, articulando el fordismo con procesos flexibles, artesanales, tradicionales. [...] En condiciones de acumulación flexible, parece que los sistemas de trabajos alternativos pueden coexistir unos con otros, en el mismo espacio, de manera que le permitan a los empresarios capitalistas escoger con comodidad entre ellos. [...] La consecuencia de este proceso en lo que respecta al mundo del trabajo, también fue señalada por Harvey: el trabajo organizado fue socavado. Se generaron grandes niveles de desempleo estructural y hubo un retroceso de la acción sindical.”. Efectivamente, la propagación de algunos de los puntos básicos del modelo toyotista a nivel mundial tuvieron serias consecuencias en el mundo del trabajo. La tercerización, rasgo distintivo de esta nueva etapa, de la mano de la subcontratación y la descentralización productiva, tienen como objetivo evitar la resistencia obrera a los cambios en curso. Así lo atestiguan Beaud y Pialoux (2000), quienes realizaron un estudio durante 10 años de la empresa Peugeot en un pueblo francés: “En Peugeot – Sochaux, la descentralización de la gran fábrica y el desarrollo de unidades de producción a cargo de subcontratistas tuvieron en parte como objetivo evitar la resistencia obrera a los proyectos de “modernización” de las relaciones sociales y de las “mentalidades””.

Las transformaciones en curso proyectan una rearticulación de la relación basal del capitalismo entre capital y trabajo. Si bien es ya claro que el modo de producción capitalista, como lo aclaró Marx, vive de revolucionar constantemente sus condiciones de existencia, la “actualidad posfordista” nos presenta un proceso de dominación de cuya especificidad es imprescindible dar cuenta (siguiendo el *dictum* spinoziano: “no se trata de reír ni de llorar, sino de comprender”), para evitar estrategias caducas en los nuevos escenarios. Y en el intento de echar luz, imposible evitar (e imprescindible retomar) la comparación de *lo viejo* con *lo nuevo*. ¿Qué implica el paso del capitalismo “pesado” al “liviano”, de la modernidad “sólida” a la “líquida”, al decir de Bauman (2003), de la “relación salarial” a su crisis, al decir de Castel (1995), del fordismo al posfordismo?

² No hay que olvidar, sin embargo, que más allá de los discursos en torno a la flexibilidad y el fin de la rutina, “... la mayor parte del trabajo sigue inscrito en el círculo del fordismo. Es difícil encontrar estadísticas sencillas, pero una buena estimación de los trabajos modernos (...) es que al menos dos tercios de los empleos modernos son repetitivos, en una forma que Adam Smith reconocería como afín a las practicadas en su fábrica de tachuelas y clavos.” (Sennett, 2000: 45).

Diferentes *nominaciones* de una misma problemática que nosotros abordaremos a partir de la materialidad del trabajo, donde más visible se torna (puesto que es allí donde *encarna* en la subjetividad). Si en el marco de la “relativa estabilidad” que caracterizó a los “treinta gloriosos” (concepto por demás cuestionable, como ya dijera Castel (1995)) el trabajo aparece como un articulador de la propia vida, a partir de los años setenta se comienzan a percibir fisuras irreversibles. Aquel sistema que surgiera a partir de la crisis de los años 30, y cuya estructura fundamental ya implementara Ford en 1914 al nivel de la fábrica (el *Five Dollars Day*, como nuevo modo de reconstitución de la fuerza de trabajo a partir de su plena incorporación a la mercantilización de las condiciones de vida) y Keynes plasmara en su *Teoría General* a nivel macro, se consolidó para la segunda posguerra en Europa, cuando el *desarrollo económico* integraba “el progreso social como finalidad común de los grupos en competencia” (Castel, 1995: 376). La proliferación de las redes de seguridad social y el crecimiento sostenido de los principales indicadores económicos auguraban un futuro que el pacto fordista (crecimiento del salario atado a los niveles de productividad) no hacía más que *encaminar* distribuyendo los beneficios de la cooperación social. En los vértices de la pirámide social, el contrato por tiempo indeterminado (si bien es un contrato que dura... mientras no lo interrumpen) condensaba las seguridades vivenciadas en el mundo del trabajo con “... la certidumbre de dominar el futuro y de realizar elecciones que lo determinaban (en bienes durables, préstamos para construir, etcétera)” (Castel, 1995: 395). Si bien en un nivel *objetivo* los trabajadores eran *virtualmente* vulnerables, ya que no controlaban en absoluto los parámetros del progreso (la adquisición de bienes durables o propiedades se sostuvo en un endeudamiento que proyectaba un futuro de crecimiento sostenido: el cambio de coyuntura hará estallar por los aires las certidumbres previas), en el nivel *subjetivo* (que es el que atañe a la identidad a partir del trabajo) imprimía una confianza en el “control del presente” que cimentaba la ideología (en el sentido fuertemente althusseriano) del progreso. La etapa de “relativa estabilidad” (Sennett, 2000), ubicaba al trabajo en el centro del montaje de este modo de domesticación del capitalismo: la *sociedad salarial*, abigarrada tanto al crecimiento económico como al “Estado Social”, extremó la conciencia del capitalismo respecto a la necesidad de dominar el conflicto central que lo atraviesa. Marx no llegó a imaginar (*no pudo haberlo hecho*) los cambios que sobrevendrían en el centro neurálgico del capitalismo mundial a partir de los años '50: si durante el primado de la *condición obrera* el trabajo fabril tenía como marca distintiva la degradación y era

muy claro que sólo constituía la única forma de conseguir los medios de subsistencia del “obrero doblemente libre” (el smithiano “salario de subsistencia” en el que se basa la teoría clásica del valor), el fordismo logrará (con muchos matices) “dignificar” el estatuto de “trabajador”: trabajo digno y salario digno serán los *slógans* de la nueva configuración ideológica en torno al trabajo no sólo en los países centrales, sino en aquellos “en vías de desarrollo” (piénsese en el crecimiento del Estado social en toda latinoamérica, por ejemplo). Bajo el imperio de la “relación salarial”, el trabajo no remite ya tan sólo a la ley inexorable de cada jornada: toda una *revolución cultural* trastoca su significado para convertirlo en el puente hacia la “calidad de hombre en tanto que tal” (Castel, 1997: 344). Las múltiples lecturas que pivotean sobre la “movilidad social” responden a esta concepción del trabajo, sobre la cual abundan las metáforas arquitectónicas: *articulador / constructor (de identidades), puente, sostén, etc.*. No sólo es un huso en el cual enrollar identidades, sino que también remite a una actividad teleológica: “da forma a lo informe”, dirá Bauman. En fin, “da sentido”: la rutina, dirá Sennett (1998: 44), “puede denigrar, pero también puede proteger; puede descomponer el trabajo, pero también componer una vida”.

Muy otra será la situación una vez que la era de Ford culmine mientras a sus pies se erige otra cuya marca distintiva es la flexibilidad: más allá de las causas de la crisis de los años ´70, lo cierto es que el trabajo (flexibilización y tercerización mediante) no es ya aquél “gran integrador” en el *continuum* social y pierde la centralidad de que gozaba antaño. El *matrimonio* entre el Capital y el Trabajo, en la muy sugerente metáfora de Bauman, entra en crisis y se pasa a una etapa de *convivencia* donde la ruptura de los anteriores compromisos es unilateral: el Capital ya no los necesita (lo cual es bien distinto de afirmar que el Capital no *dependa* del Trabajo, como veremos más adelante). Como es sabido, las grandes reestructuraciones del capitalismo son un intento de respuesta a la caída de la tasa de beneficio (sea por deflación, como en 1873, sea por sobreproducción, como en 1930): hacia la década de los ´70 la estrategia del capital consistió en la ruptura de los esquemas bienestarristas que otorgaron demasiado poder a los sindicatos, culpables en última instancia de las recaídas inflacionarias y los presupuestos estatales deficitarios: desregulación, flexibilización laboral, reestructuración industrial y tercerización en un contexto de internacionalización creciente del capital. Asistimos al surgimiento del “Estado nacional de competencia” sobre las ruinas del ya caduco “Estado de seguridad fordista”: los Estados compiten por “anclar” capital en su territorio, para lo cual deben cumplir con las condiciones de

“governabilidad” mínimas, lo que no implica otra cosa más que asegurar al capital los niveles de flexibilidad necesaria, no sólo de la fuerza de trabajo, sino de su propio compromiso jurídico: “...la única esperanza que tienen los gobiernos de que los capitales se queden radica en lograr convencerlos, más allá de toda duda, de que tienen la libertad de irse cuando quieran y sin previo aviso” (Bauman: 160).

En este contexto, un dato insoslayable de la realidad posfordista es el estallido de la relativa homogeneidad que caracterizó al mundo del trabajo en la era fordista, al menos en el mito del “trabajador de cuello azul”: hoy la dinámica sistémica remite a un núcleo estable y bien remunerado (en permanente disminución) rodeado por una gran masa de precarizados, temporarios y flexibilizados, a quienes habría que sumar el océano de desocupados, aquellos “inútiles para la sociedad” al decir de Castel. Retomando las cuatro categorías de Robert Reich (los manipuladores de símbolos, los encargados de la reproducción del trabajo, las personas que se encargan de brindar “servicios personales” y los “trabajadores rutinarios”) podríamos decir que la gran mayoría de la clase trabajadora tiende a ubicarse en el último escalafón. La situación de aquéllos “trabajadores rutinarios” bajo el régimen de acumulación “flexible” no puede ser más trágica: su capacidad de lucha por el valor de su fuerza de trabajo tiende a cero (al igual que los *unskilled workers* que atravesaron el océano para dar lugar al despegue del taylorismo en Estados Unidos: no sólo *desescalificados*, sino, sobre todo, *desindicalizados*). Suelen ser piezas intercambiables en el engranaje productivo y los niveles de calificación requeridos tienden a la baja³: es absolutamente coherente que esta masa de trabajadores, para evitar frustraciones, eludan cualquier tipo de compromiso con su empleo y eviten delinear sus objetivos de vida en el marco de su situación laboral. Sin caer en profetismos finalistas (cuestión que más adelante discutiremos), la realidad se sigue empeñando en hacernos reconocer una mutación a la que no podemos ya desviarle la mirada: con el quiebre de las regulaciones fordistas, el trabajo, tal cual lo conocíamos, perdió la centralidad de la que supo ser dueño. De la discusión sobre las mutaciones del trabajo nos ocuparemos más adelante, pero respecto a la cuestión identitaria en este sector del “mercado laboral” es claro que “...el trabajo ha perdido la centralidad que le fue asignada en la galaxia de los valores dominantes de

³ Es necesario no postular una pauperización generalizada de la fuerza de trabajo, como era posible a partir de los planteos de Taylor (cfr. Braverman, 1974): las variables en juego no pasan hoy solamente por la *flexibilidad*, sino también por un tipo específico de calificación (de otra forma, zonas enteras del mundo, como Africa, estarían plagadas de empresas relocalizadas y no serían zonas abandonadas por la modernización occidental).

la era de la modernidad sólida y el capitalismo pesado. El “trabajo” ya no puede ofrecer un huso seguro en el cual enrollar y fijar definiciones del yo, identidades y proyectos de vida.” (Bauman, 2003: 149). Y no se trata de que “desaparezca el trabajo en tanto tal” de la identidad de los sujetos (como pretende la crítica obtusa de las ortodoxias), sino que esta ruptura con el trabajo es un mecanismo de reacción a la “flexibilidad laboral”. No existen ya los horizontes lejanos de la estabilidad fordista, sino el “vivir al día” del cortoplacismo propio de la inestabilidad (laboral y, en último término, identitaria) actual. Con un capital internacionalizado, cuya “movilidad” se torna un factor de poder frente al “anclaje local” del trabajo, y un patrón de organización industrial profundamente modificado, el cuadro se completa, pintando de cuerpo entero la problemática: las empresas de mayor innovación tecnológica (*capital diferenciado* tecnológicamente) organizan redes de proveedores cuya producción se terceriza, librando al capital de la pesada carga de la contratación de la mano de obra. Si durante el fordismo los trabajadores de las empresas tercerizadas formaban parte de la empresa concentrada, la realidad posfordista diluye el “conflicto salarial” hacia una negociación entre la empresa principal y las tercerizadas, encargadas de “ajustar” reduciendo salarios o reduciendo personal (la otra cara del *just in time* toyotista, a partir del cual las proveedoras deben ajustarse a la demanda, es el *just in case* de la contratación de la fuerza de trabajo, con las nefastas consecuencias en términos de precariedad e inestabilidad laboral) (Filadoro, 2003: 203).

La actualidad se vuelve incluso más sombría si aceptamos, con Bauman (2003), que los mecanismos de reproducción del capitalismo están siendo profundamente trastocados hacia el desmantelamiento de la producción de “objetos materiales”: la principal fuente de ganancias la constituyen cada vez más, y a mayor escala, las *ideas*, que sólo se producen una vez y generan riqueza en función del número de consumidores/clientes. “Cuando se intenta que una idea sea rentable, el objeto de la competencia son los que consumen y no los que producen. No es extraño entonces que el compromiso actual del capital sea principalmente con los consumidores. Sólo en esta esfera se puede hablar con sensatez de “compromiso mutuo”” (Bauman, 2003: 161). El capitalismo liviano tiende progresivamente a diluir la producción y solidificar el consumo. La desarticulación de las estructuras de la modernidad sólida inciden mucho más allá de un cambio de forma: la propia subjetividad aparece hoy moldeada por el consumo, acto individual por definición. Todo lo que es consumido lo es individualmente (por más que se esté rodeado de gente), y una

cultura moldeada por el consumo tiende a diluir los lazos de cooperación que caracterizan al acto de producción. Las solidaridades obreras al interior de la fábrica, dirá Bauman, que Marx y muchos otros activistas del movimiento obrero proyectaban como el embrión de los lazos de solidaridad (por la cooperación del mismo acto de producción) de una sociedad sin dominación, son parte de un escenario ya caduco. Aquella *fuerza de masas* de la que hablara Marx⁴, si es que tiene alguna vigencia, es utilizada por el capital para su exclusivo provecho (vía ausencia de compromisos con el “trabajo local”, la cuarta categoría de Reich); pero lo fundamental es que su contraparte dialéctica, la generación de solidaridades a partir de la cooperación productiva (“el germen de su propia destrucción”) desaparecería no sólo por las estrategias del capital para neutralizarlas (tercerización, implicación inducida, trabajo en grupos, etc.) sino por la reproducción del capital a partir de la generación, venta y consumo de *ideas*. La realidad aparece sombría, y las salidas, inenabarrables: un capital global que se maneja con absoluta displicencia y una enorme masa de temporarios, precarizados y desocupados cuyo vínculo con el trabajo pierde su valor *ético* (son muy pocos quienes pueden decir que su trabajo contribuye al bien común) fluyendo hacia uno *estético*⁵. El trabajo aparece como “consumo” ya no sólo para el capital, sino para los mismos trabajadores. No sólo se derrumba la idea misma de “progreso”⁶, sino que es privatizado (sólo se mide en términos individuales, no colectivos) y desregulado (no hay una jerarquía previa: todo nuevo proyecto se mide en competencia con otros). La solidaridad que podría caracterizar a los colectivos de obreros en la vieja fábrica fordista, pierden vigencia en la actual “fábrica mínima” y sin grasa que propone Ohno: la sintonía de este planteo con aquellos realizados por Beck (2000) o Giddens (1997 y 1998) en torno al concepto de “modernización reflexiva”⁷ o, con enfoques más críticos, al de

⁴ “Así como la fuerza ofensiva de un escuadrón de caballería o la fuerza defensiva de un regimiento de infantería difiere esencialmente de la suma de fuerzas ofensivas y defensivas que despliega por separado cada jinete o infante, la *suma mecánica de fuerzas* de obreros aislados difiere esencialmente de la potencia social de fuerzas que se despliega cuando muchos brazos cooperan *simultáneamente en la misma operación indivisa* [...]. No se trata aquí de un aumento de la fuerza productiva individual, debido a la cooperación, sino de la creación de una fuerza productiva que en sí y para sí es forzoso que sea una *fuerza de masas*.” (Marx, 1999: cap. XI, 396).

⁵ “...satisface no tanto la vocación ética, prometeica, de un productor o creador, como las necesidades y deseos estéticos de un consumidor, un buscador de sensaciones y coleccionista de experiencias” (Bauman, 2003: 149)

⁶ “¿Quién pretendería hoy en día que vamos hacia una sociedad más acogedora, más abierta, aplicada a reducir las desigualdades y a maximizar las protecciones? La idea misma de progreso se ha derrumbado.” (Castel, 1997: 387)

⁷ “Modernización reflexiva significa el paso de la primera modernidad, encerrada en los límites del Estado-nación, a una segunda modernidad (abierto y arriesgado) de la inseguridad generalizada; es decir, en la línea de una modernización capitalista que se ha liberado de las ataduras del Estado nacional y asistencial.” (Beck, 2000: 27).

“posmodernidad” por parte de Harvey (1990), Sennet (2000) o Jameson (1999) no responden, en absoluto, a la casualidad.

Muchos de los planteos clásicos estallan por los aires si insistimos en encorsetar la realidad a nuestros esquemas mentales: es necesario, desde la práctica crítica, asumir el nuevo esenario y renovar las armas. ¿Cuál es el mecanismo que posibilita la extracción de plusvalor en el actual régimen de acumulación? Fundar una nueva “teoría política del valor” es ya un imperativo de los tiempos que corren.

Así planteada la “actualidad posfordista”, coincidimos con Bialakowsky, Hermo y Lusnich (2002) en su análisis de las mutaciones contemporáneas al menos en tres puntos. En primer lugar, “...las definiciones de posguerra del sistema capitalista en función de un mercado de consumo de masas se ha derrumbado y la interdependencia centro-periferia se concentra en la succión de recursos materiales y financieros...”. En segundo lugar, “...se reduce la tendencia a escala mundial de la demanda de lo que en términos clásicos se denomina “trabajo productivo”, restando aún definir la asignación de ingresos para el conjunto de actividades productivas que engloba hoy el trabajo como proceso de producción de la sociedad misma...”. Por último, acordamos en que “...la forma de producción de la acumulación resulta cada vez más coactiva y renueva sus formas primitivas de violencia en la acumulación, teniendo en cuenta que -paradójicamente- al mismo tiempo se necesita crecientemente la cooperación o “implicación” subjetiva y social del trabajador...”. De ahí las “pulsiones postsociales” o “pulsiones a la exclusión”.

Sólo en este marco puede (re)plantearse con seriedad los debates acerca del fin del trabajo.

2

¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?

Reestructurando el campo de discusión

Frente a quienes festejan con bombos y platillos la “era de la información” o la llegada de la “tercera revolución industrial” que permitiría por fin liberar al hombre de la rutina repetitiva del trabajo, reemplazado por máquinas, en el marco de una abundancia material sin precedentes, ciertos autores, desde una mirada más realista (y, por ello, más escéptica), postulan que el “desempleo”,

lejos de ser un problema de *coyuntura*⁸, llegó para quedarse, tirando por la borda las ilusiones sobre la “tecnoutopía”. Y es más, tiende a la suba día a día. El 75% de la masa laboral de los países más industrializados, va a decir Rifkin (1996: 25), realiza meras tareas repetitivas (algo en lo que Sennett, por ejemplo, también se detiene), plausibles de ser reemplazadas por máquinas automatizadas: en Estados Unidos, “...en los años venideros, más de 90 millones de puestos de trabajo, de los 124 existentes son potencialmente susceptibles de ser sustituidos por máquinas”. Utilizando la metáfora de Leontief, el papel de los seres humanos como factores de producción queda disminuido de la misma manera que el caballo frente al tractor. El ministro francés Jacques Attali dirá, en el mismo sentido, que “las máquinas son el nuevo proletariado”. El rápido camino hacia la automatización que emprende la economía global, de la mano de la “reingeniería” empresarial (abandono de las anteriores cadenas de mando jerárquicas - de las que hablara Chandler con el paso a la “empresa multiunitaria” - y carentes de flexibilidad hacia la organización en redes y la racionalización de la masa laboral a partir de las normas de producción posfordistas), nos conduce, en un futuro no muy lejano, a una economía industrial sin trabajadores (incluso los de “cuello blanco”, con la proliferación de los ordenadores, caen en la redada). En última instancia, se postula la desaparición del trabajo como factor clave de la producción. Más allá del trasfondo que se postula como salida (un desabrido “nuevo contrato social” a partir de una “distribución justa y equitativa” de los avances de la productividad y un aumento de los empleos en el “tercer sector” vinculado a la “economía social”⁹), la idea de que el “desempleo tecnológico” llegó para quedarse no debería ser subestimada, como tiende a insinuar De la Garza (2000). Si bien es interesante la distinción entre los planteos del *fin del trabajo* previos a la oleada neoliberal - que conservaban todavía una matriz transformadora o utópica (el Touraine de fines de los sesenta o el Gorz de *adiós al proletariado*) - y los más actuales - desde Offe, donde se vislumbra el quiebre, hasta *El fin del trabajo* de Rifkin -, que en la lógica del *pastiche* posmoderno (Jameson) parecen asimilarse, se desestima con demasiada rapidez la transformación producida en el mundo del trabajo. No se trata

⁸ Como hiciera la Oppenheimer Committee on the Triple Revolution, hechándose atrás respecto a los problemas que previó en un primer momento respecto a la automatización. “Es sólo una consecuencia coyuntural y necesaria del progreso económico”, dirá. Es interesante remarcar que los sindicatos estadounidenses adoptaron una actitud análoga, al apostar a la “formación” más que al control del proceso de trabajo y de las nuevas tecnologías (asumiendo no sólo la inevitabilidad del paso de la mecanización a la automatización, sino también la creación futura de puestos de trabajo “calificados”).

⁹ Y aquí es sumamente pertinente remarcar que se mantendría intacto el “extrañamiento” del trabajador: sería ampliar el “tiempo libre” en el marco de una sociedad donde la alienación no fue socavada en lo más mínimo.

de recibir con pompas la *fragmentación de los mundos de vida* posmoderna (a la Lyotard), pero tampoco girar la cabeza, como si nada hubiera pasado. “La heterogeneidad de la clase obrera es de toda su historia, aunque hoy adopte formas diferentes”, dirá De la Garza (2000: 762): más allá de que el obrero varón y de overol pudo haber sido un “invento de Touraine”, lo cierto es que la fragmentación “realmente existente” en el mundo del trabajo adquiere niveles impensados en la era fordista. Es justamente este dato el que hay que remarcar, para hacer algo con él y refutar seriamente las “versiones periodísticas” que sólo ven un “desempleo tecnológico” y no una lógica de organización sistémica, estratégica en última instancia, pero no por ello menos “real”.

Para este autor no estaríamos ante el “fin del trabajo” sino ante su *transformación*, en la cual el Tercer Mundo se anticipa al Primero: “...sería la reducción del trabajo formal, estable, y su sustitución por otras formas de trabajo consideradas anómalas en los países desarrollados, pero que en el Tercer Mundo tienen una larga historia de normalidad.” (De la Garza, 2000: 767). Encaramado en la necesidad de remarcar la primacía del trabajo y la permanencia de la explotación (el “trabajo sin fin”), se pierde la posibilidad de vislumbrar las mutaciones actuales, profundamente menospreciadas, y son muchas las aristas que se dejan de lado. Una de ellas es poco explorada: “...el trabajo no tiende a terminar sino posiblemente a ampliarse y confundirse con otros mundos de vida considerados propios de la reproducción social de los trabajadores.” (Id.: 769): el *aire de familia* con el negriano “obrero social” (con su contracara: la “producción biopolítica”) nos lleva a indagar sobre ese nuevo marco conceptual para aprehender esta imbricación entre el trabajo y el no-trabajo.

Tampoco coincidimos con aquellos que, trasladando el mismo esquema al plano identitario, afirman sin titubear, la primacía sin más del trabajo. “A pesar de todo”, dirá Neffa (2003: 247), “adherimos a las conclusiones a las que llegan C. Dubar y C. Déjours por diferentes vías: dada la utilidad social del trabajo, sea éste asalariado o no, se constituye en el principal vector de la identidad personal y social.”. Poniendo un énfasis casi absoluto en las continuidades y menospreciando los cambios producidos desde la crisis del fordismo, no se permite aprehender la “actualidad posfordista”: creemos que esta postura (la reafirmación de la ontología del trabajo a la Lukács) cierra más pistas de indagación de las que habilita (repuntando el vicio que cierta vez recordara Althusser: “lo que no hay que pensar para poder pensar lo que se quiere pensar”). Nos vemos más inclinados a postular con Svampa (2000: 153), “...el fin de las identidades “fuertes” y el

ingreso a una era en la cual las identidades son más efímeras y parciales, más fragmentarias y menos inclusivas.”.

En un intento mucho más interesante de contrarrestar a las teorías de los fines, Antunes (2003) propone la utilización de una “concepción ampliada del trabajo”: se produce hoy una mayor interrelación entre actividades fabriles y de servicios (entre trabajo material e inmaterial) en el contexto de la reestructuración productiva del capital, pero no hay una sustitución de la *producción* por la *información*, al estilo de Castells. El reconocimiento del cambio no llega, sin embargo a asumir que el “campo de la producción de la sociedad” está adquiriendo una nueva materialidad. Veamos por dónde arremete Antunes: la acérrima defensa de la vigencia de la ley del valor (en tanto seguimos bajo el imperio de una sociedad productora de mercancías) se sostiene (retomando a Kurz) a partir de la dependencia del sector de servicios frente a la actividad industrial. Aquí el primer problema: es cada vez más complejo sostener esto en el sentido de un *locus* donde el valor es generado (la fábrica) y sólo *repartido* en los servicios, a la manera de “intermediarios” (la clásica discusión en torno al trabajo productivo e improductivo): ¿cómo afirmar hoy que los “servicios” no generan “valor agregado”?

Toda la argumentación de Antunes pivotea sobre la distinción entre “trabajo concreto” y “trabajo abstracto”: aquella crisis que muchos creyeron ver en el trabajo concreto, no es más que un delirio fantaseoso, ya que hablar de sociedad del trabajo es una tautología en los términos: imposible eliminar el trabajo de cualquier sociedad humana. La ontología del trabajo (retomando al pie de la letra al Lukács de la *Ontología del ser social*) como protoforma de la actividad humana es, fue y será quien ocupe el centro de la escena: el esencialismo llega al paroxismo de ser casi a(anti)-histórico (que, en el mejor de los casos, no tiene registro del *cambio* y, en el peor, *no dice nada*). Efectivamente, la heterogeneización actual del trabajo (que Métszáros liga a la conflictiva pluralidad de capitales, jerárquicamente estructurada), implica una crisis de la sociedad del trabajo abstracto: acordamos en remarcar la permanencia y extensión del *trabajo concreto*, pero lejos está ello de significar una crisis del *trabajo abstracto*. Muy por el contrario, como Antunes (2003: 15) mismo afirma (contradiciendo en el Prólogo lo que afirmará después), “...la sociedad del capital y su *ley del valor* necesitan cada vez *menos* del trabajo *estable* y cada vez más de las diversificadas formas de trabajo parcial o *part-time*, “tercerizado”, que son, en escala creciente, parte constitutiva

del proceso de producción capitalista...”: ahora todas estas nuevas configuraciones del trabajo concreto son parte de la “cadena de valorización del valor”, es decir, del *trabajo abstracto*.

Frente a las nociones más vulgares (hacia las que Rifkin tiende a deslizarse: “version periodística” dirá De La Garza) que plantean un reemplazo del “trabajo vivo” por la composición técnica del capital (“trabajo muerto”) nos parece absolutamente necesario remarcar la imposibilidad de la reproducción de la sociedad capitalista sin la injerencia del trabajo humano en interacción, sea porque el valor de las mercancías sigue vinculado a la cooperación de los productores, sea porque, como dijera Mandel, no habría ni consumidores ni asalariados. Pero allí termina la utilidad de seguir aferrados a las versiones más ortodoxas de la teoría del valor. Antunes nos advierte que los productos de la Toyota no dejan de ser *mercancías*, esto es, frutos de la interacción de trabajo vivo y trabajo muerto. Pero ello obtura nuestra capacidad de comprensión mucho más de lo que la habilita: nos impide pensar las nuevas formas de “valorizar el valor” una vez que estalló el círculo virtuoso fordista. Pisar tierra firme frente a las nuevas configuraciones del capitalismo es una tarea sumamente más compleja que ir aseverando a los cuatro vientos la “primacía del trabajo” como *protoactividad humana* (Lukacs): un primer paso mucho más prometedor nos abre dos ejes de análisis. Por un lado, a dar cuenta de la reconfiguración de la “cadena de valorización” a nivel global (ilustrándola con la tercerización productiva, como planteara Watanabe (1997), en su visión crítica del toyotismo para Japón (Filadoro, 2003)): no es descabellado imaginar que la “reingeniería”, tanto al nivel empresarial como al del puesto de trabajo, lleve a un aumento de la productividad con menor utilización de fuerza de trabajo en los centros neurálgicos del desarrollo tecnológico, sostenido por una red de subcontratistas y proveedores¹⁰ que aseguran el *just in time* por medio del *just in case* del trabajo (la utilización de mano de obra parcial, temporaria y precarizada) como estrategia del capital para recomponer la tasa de ganancia. Y por otro lado, a replantear la *materialidad* de la producción social actual, para lo cual indagaremos en los aportes de quienes pivotean sobre el concepto de “trabajo inmaterial”.

¹⁰ Chrysler, por poner sólo un ejemplo, consigue más del 70% del valor de sus productos acabados gracias a sus proveedores externos.

entre la verdad de la *multitud* y la vigencia del *Imperio*.

Un balance crítico de los aportes de Hardt y Negri.

Para comprender el marco conceptual de *Imperio*, esclarece un contrapunto con Bauman, cuyo planteo tiende, también, a enfatizar la profundidad de las transformaciones desde la década del '70. Pero el diagnóstico de *Imperio* es distinto, en tanto no se trata de que el trabajo ya no produce objetos materiales (lo que produce individualización por medio del compromiso con los consumidores), sino de que el trabajo mismo se torna *inmaterial*. La *cooperación* propia del proceso de trabajo no es perimida en favor del consumo (individual por definición): en la era de la *producción biopolítica*, la vida misma se subsume a la “valorización del valor”, esto es, a la “producción”. Más allá de este vuelo superficial se terminan los puntos en común: el trasfondo “obrerista” de *Imperio*, con un optimismo muchas veces exagerado, comprende la crisis del fordismo como una respuesta a las luchas obreras – cuyo epicentro pasó del Mayo francés a la insubordinación del trabajo de la década del '70¹¹ - y no como un triunfo del capital a partir de la primacía del “consumo”¹². Si el diagnóstico de Bauman está teñido de pesimismo, el de Hardt y Negri se torna optimista en tanto la situación es paradójica: la subsunción absoluta de la vida en la esfera del capital viene de la mano del incremento de la cooperación en el marco de un trabajo ya *inmaterial*, por lo cual, al mismo tiempo, la potencialidad de emancipación es máxima.

¿Qué entienden estos autores por “cooperación”? Retomando los planteos marxianos al respecto (cooperación¹³ *simple* en un principio y *compleja* después, esto es, mediada por la maquinaria) afirman que en la actualidad la cooperación, lejos de ser una consecuencia del trabajo capitalista, es su *supuesto*. Con la llegada del posfordismo, la subsunción del trabajo al capital, mucho más que en los tiempos de Marx, implica introducción de la propia vida en la “valorización del valor”: el trabajo muta, en las sociedades “posindustriales” – donde tiende a realizarse la “disutopía marxiana” (transformación del trabajo mismo) – y la cooperación, pensada por Marx como “puesta en acción” por el capital, aparece ahora como presupuesto. Para dar cuenta de estas

¹¹ El festejo optimista de las potencialidades progresistas del *Imperio* es tal que pareciera que el propio *Imperio* es un triunfo del deseo multitudinario. Cfr. al respecto, Gruner (2002), Gonzalez (2003), Catanzaro (2003), Borón (2002).

¹² De hecho el mismo Negri (2001: 48) lo califica como un triunfo de la clase obrera: “...en el pasaje del fordismo al posfordismo el capital ha sufrido una ofensiva de clase (obrero y proletaria) implacable, anticipadora y vencedora”.

¹³ Marx (1999, cap. XI) destaca que la cooperación es una “fuerza social de producción” que se le aparece al obrero como ajena por las propias relaciones de producción capitalistas.

transformaciones, toda esta tradición de pensamiento se basa, por un lado, en el “Fragmento sobre las máquinas” de los *Grundrisse*, y por otro en el concepto de *General Intellect*¹⁴. Pero volvamos por un instante a Marx (1971): la subsunción formal del trabajo en el capital (que muy esquemáticamente podría asociarse a la manufactura previa al sistema de fábrica) no implica una modificación de la “forma real” del proceso de trabajo (no hay “desarrollo de las fuerzas productivas”) y la extracción de plus trabajo se realiza mediante el mecanismo de la *plusvalía absoluta*, esto es, aumentando la duración de la jornada laboral. Por su parte, con el paso al sistema de fábrica y la introducción de la maquinaria, se modifica el proceso inmediato de producción y la subsunción es ahora *real*: el mecanismo de extracción es la *plusvalía relativa*, reduciendo el tiempo de trabajo necesario para producir el “capital variable” con el simultáneo aumento del plus trabajo. A medida que este mecanismo se difunde a todas las ramas productivas, se consolida la “producción por la producción” y la extracción del “máximo trabajo impago posible por producto”. En el propio Marx (1999, Tomo I), la subsunción real está signada por la imposibilidad del obrero de desarrollar su “capacidad de trabajo” por fuera del imperio del capital, lo cual implica no sólo una tecnología de gestión y organización más eficiente, sino la garantía de reproducción del sistema sobre bases más sólidas (la innovación tecnológica también hace lo suyo: como cualquier *fetiché*, adquiere un grado de autonomía y autoreproducción muy alto). Con la crisis del fordismo, dirán Negri y Hardt (2000: 332), el biopoder funciona como “agente de producción”: la reproducción de la vida misma es incluida bajo el dominio capitalista. El “obrero masa” da paso al “obrero social” de la misma forma que el “pueblo” (de cooperación identitaria) a la “multitud” (de cooperación a partir de las singularidades). Este proceso, sin embargo, no es “unidimensional” (al estilo de los planteos de la Escuela de Frankfurt). Hay que buscar la dimensión productiva del biopoder en otros marcos teóricos (id.: 38): por un lado en Foucault, que no sólo rompe con la tipología piramidal clásica base / superestructura y habla de una “estructura material de reproducción”, sino que permite analizar el paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control. Sin embargo, este autor no logra “comprender la dinámica real de la producción”: hay que buscar elementos en Deleuze y Guattari, quienes rompen definitivamente con el estructuralismo (con el concepto de *rizoma*) y se centran en la producción del ser social. El problema ahora es que permanecen en un “acontecimentalismo inasible” que obtura la intervención política. El tercer eje de búsqueda se introduce en los conceptos

¹⁴ Cfr. Negri y Guattari (1996).

de los “marxistas italianos” (los *autonomistas*) quienes propusieron dos nuevos focos de análisis: por un lado, las transformaciones del trabajo productivo (que se torna *inmaterial*) y por otro lado, la dimensión inmediatamente social y comunicativa del trabajo actual, lo que los llevaba a pensar las “nuevas figuras de la subjetividad”, rompiendo de lleno con el marxismo “ortodoxo” (en última instancia, ricardiano).

La apuesta es retomar críticamente estos tres marcos teóricos y “descender a la jungla de la producción”: la producción biopolítica produce *subjetividades* (“produce productores” dirán los autores). La comunicación, junto con el *afecto*, se vuelven los puntos nodales del nuevo esquema¹⁵: se torna estéril la discusión sobre el trabajo productivo e improductivo ya que toda actividad puede ser “mercantilizable”. Con el predominio de la informatización de la producción y de la vida (el “posfordismo informático”) toda la producción tiende a ser “como si” fuera de servicios: no importa si hay esclavismo o feudalismo, porque todos estos modos de producción son integrados a la dinámica “imperial” y no como una anomalía, sino como algo absolutamente necesario. Este es el sentido que hay que darle a la idea de que la “acumulación primitiva” sigue vigente, pero con renovados mecanismos. También se vuelven fútiles las discusiones en torno al carácter capitalista o precapitalista, porque lo que prima es una lógica de la inmanencia (ingresa “como si” fuera capitalista generando altísimas tasas de rentabilidad): con el paso del imperialismo al imperio, la naturaleza misma fue moldeada por el hombre y “ya no hay afuera”. Si los planteos de *Dialéctica de la Ilustración* o *El hombre unidimensional* hacían referencia a una “sociedad disciplinaria” – que, en última instancia, era una “sociedad fábrica”, con su correlato institucional (un Estado disciplinario global, fundamentalmente a partir de la segunda posguerra)–, tanto la descolonización como la descentralización (mediante el incremento del poder de las multinacionales) y la expansión de las formas disciplinarias, junto con las luchas de fines de los ‘60 y principios de los ‘70, producen un quiebre radical: el paso a la “sociedad de control” diluye el conflicto interno / externo por el rol central que adquiere la “acumulación de información” y supone un poder en red sin centro único. Al no haber un “afuera”, la acumulación actual se basa en la *subsunción real* en su mismo terreno mediante lo que los autores denominan la *cooperación abstracta* (id.: 275), consolidada en

¹⁵ El trabajo inmaterial, recordémoslo, no sólo incluye la faceta informática (del modelo de las computadoras, es decir, de la producción informatizada) sino también su faceta comunicacional (lo que Reich llama “servicios simbólico-analíticos”) y su faceta *afectiva* (que requiere el contacto humano virtual o real).

la red informacional, propia de las arquitecturas organizacionales posfordistas: mientras que se descentralizan los procesos de producción, hay una tendencia centrípeta al mando.

En el marco del *trabajo inmaterial*, “...la cooperación es completamente inmanente a la actividad laboral misma”, lo cual pone en tela de juicio la visión clásica de que el “capital variable” sólo es movilizable por el capital, acentuando su poder de “autovalorización”. Y es a partir de aquí que los autores utilizan el concepto de *General Intellect*, aquel “...conjunto de conocimientos que constituyen el epicentro de la producción social...” (Virno, 2003: 113), cuando el saber hace del tiempo de trabajo una “base miserable” de la producción social. La “ley del valor” es quebrada y refutada por el propio desarrollo capitalista cuando “el valor de cambio deja de ser la medida del valor de uso”, como dijera Marx: esto, según los autores, se hace carne en la era posfordista. La ley del valor “está más allá de toda medida”, “enterrado en la enormidad de la vida” (íd.: 332): con la producción de mercancías a través del lenguaje, el “fragmento sobre las máquinas” de los *Grundrisse* se hace realidad. Como aclara Virno (2003: 112), bastante más escéptico que los autores de *Imperio*, lo que se pone de manifiesto en el posfordismo “... es la plena realización fáctica de la tendencia descrita por Marx, aunque sin ningún aspecto emancipador.”.

Más allá del optimismo reinante en estos planteos, la indagación que proponen es estimulante para el campo de la práctica crítica, ya que nos llevan a replantear las versiones más ortodoxas para fundar una “nueva teoría política del valor” que comience por reconocer que la materialidad de la producción social se está poblando de nuevos elementos: si lo *lingüístico* y lo *afectivo* no nos parece adecuado a nuestra realidad periférica – siempre advirtiéndole que la inadecuación de sus esquemas a la “realidad tercermundista” no es una crítica válida, en tanto le podría haber cabido a Marx en 1867, cuando publicó el Tomo I de *El Capital* -, al menos invita a poner en movimiento nuestro marco conceptual.

4

Trabajo inmaterial.

Límites y potencialidades explicativas
en el capitalismo periférico argentino

En pos de operativizar las categorías analíticas que venimos trabajando, habría que contextualizar brevemente la situación actual del “mundo del trabajo” en Argentina, para lo cual basta remitirnos al modelo de acumulación de “valorización financiera” instaurado a partir de 1976 y a la profunda reestructuración productiva que implicó el incremento del predominio de los Grupos Económicos locales y las Empresas Transnacionales integradas y/o diversificadas, políticas flexibilizadoras mediante¹⁶.

En aquellas empresas que pudieron realizar la denominada “reingeniería” -y reestructurar sus métodos productivos- y en las de mayor desarrollo tecnológico en general, sean de capital local o extranjero (distinción que se torna cada vez más ficticia), prima lo que podríamos denominar “trabajo inmaterial”, no sólo en el sentido de que es cada vez más “como servicios”, sino fundamentalmente porque requiere de las capacidades cognitivas, lingüísticas y afectivas: lo que Gorz llama el “saber venderse a sí mismo”. Si bien Gorz es muy crítico de lo que denomina el “delirio teórico” del *General Intellect*¹⁷, creemos que (más allá del excesivo optimismo de estos autores) se destaca la *tendencia*, su “rol ascendente”¹⁸. Las empresas de mayor desarrollo tecnológico conservan, dentro de su estructura, trabajadores “inmateriales”: no sólo los calificados, sino fundamentalmente los pertenecientes a los últimos escalafones. Piénsese en los trabajadores de los sectores de venta y comercialización de las grandes empresas telefónicas, donde se combina el trabajo “afectivo” con situaciones de precariedad extrema (ausencia de contratos o “contratos basura”, pauperización salarial, ausencia de cobertura social, etc.) como parte de la estrategia empresarial de reducción de costos¹⁹.

¹⁶ Cfr. Azpiazu, Daniel, Basualdo, Eduardo y Khavisse, Miguel (2004), Basualdo, E. (1992 y 2001).

¹⁷ Para los teóricos de la “intelectualidad de masas”, dirá Gorz (1998: 50), “autonomía y emancipación totales han dejado de ser una *exigencia a la que se tiende* para ser una realidad actual.”. Caerían en una suerte de “spinozismo sistémico” donde se ocluirían las preguntas por las mediaciones. Una que nos atañe de lleno: “¿qué relaciones mantienen los participantes *actuales* en el proceso de producción con los participantes *potenciales* o periféricos, es decir con los desempleados, los interinos, los precarios, los independientes y los trabajadores de las empresas subcontratistas?”.

¹⁸ “No se trata de una hegemonía numérica y cuantitativa, así como no lo fue con relación a sociedades mayoritariamente agrarias la hegemonía naciente del trabajo industrial en el siglo XIX, sino el empuje de una minoría sociológica cuyo rol ascendente impregna y determina el conjunto de la producción social.” (Bensaïd, 2005). El mismo Gorz (1998) de hecho asume que el capitalismo *desmaterializó* las principales fuerzas productivas: el trabajo y el capital fijo.

¹⁹ En este sentido, Martínez (2000) afirma: “En esta ofensiva, las empresas combinan todas las herramientas a su disposición, los despidos masivos con los círculos de calidad; las nuevas tecnologías informatizadas con los contratos precarios y la intensificación del trabajo; la participación con las persecuciones y la represión; la polivalencia y la suma de responsabilidades con la rebaja salarial; la capacitación con la descalificación.”

Una de las principales estrategias empresariales de recomposición de la tasa de ganancia a partir de la crisis de los años '70 es la *externalización* (“outsourcing”)²⁰ de tareas en empresas más pequeñas (subcontratistas) en las que las condiciones de trabajo se precarizan al extremo. En una línea de interpretación análoga, hay quienes plantean que si se puede hablar de *subsunción formal* bajo el taylorismo y de *subsunción real* bajo el fordismo, en el período de la *acumulación flexible* posfordista se trata de una *subsunción funcional*, en el contexto de la difusión del sistema *kairetsu*, esto es, un núcleo tecnológicamente diferenciado rodeado (a la manera de anillos) de empresas subcontraristas, con menores niveles tanto de remuneración como de estabilidad laboral. El capital se libera de la necesidad de contratar directamente mano de obra que será excedente durante períodos de baja demanda. El “ajuste” se juega al nivel de los capitales de menos envergadura y el conflicto es expulsado de la órbita del capital más concentrado. En tanto el capital necesita aumentar la producción por el aumento de la demanda, la producción se *autoactiva* en las empresas tercerizadas, que contratan personal nuevamente (con contratos por tiempo determinado, claro está, y en el caso de que haya contratos de por medio)²¹. Al hundirse en las tinieblas del proceso de producción, no es raro encontrar en Argentina que las prendas textiles hayan sido confeccionadas en casillas de una villa miseria: evidentemente el costo de producción es mínimo frente a ganancias máximas. La era de la subsunción funcional implica un triunfo avasallador del capital: “La tendencia hacia la separación entre dirección y ejecución que se inaugura en el taylorismo, ahora llega a su límite con un capital tecnológico ordenador de los procesos de disciplinamiento mediados por el mercado.” (Filadoro, 2003: 205).

Efectivamente, en el sector externalizado prima el trabajo precario (el que vamos a abordar) que se expande día a día: hablar, en este caso, de “trabajo inmaterial” es desatinado y de “apropiación de las nuevas virtualidades”, bordea el delirio. Si bien la empresa se “apropia de lo social mismo” dentro de su estructura “formal”, en los sectores externalizados (los más bajos en la cadena de valorización) la explotación se apoya en los métodos más tradicionales de extracción de plustrabajo²². Y estos tipos de trabajo son *inconmensurables*: el plustrabajo no puede medirse como

²⁰ El sistema denominado *kairetsu* supone, en Japón, una fábrica de montaje (ensambladora) que sólo es la punta de una pirámide asentada sobre 45000 empresas subcontratistas.

²¹ Gorz (1998) denominará “postsalarial” al sistema de relaciones laborales en ciernes.

²² Esta lógica se profundiza en las economías periféricas: “La denominada “terciarización” de los empleos como efecto producido por el crecimiento del sector servicios en detrimento de la manufactura no debetener una lectura idéntica en

un *quantum*, en la medida en que la producción es cada vez más social. Pero no se podría derivar de aquí una “dualidad” sin relaciones: muy por el contrario, el trabajo con características “inmateriales” está absolutamente imbricado con el trabajo precario. La decreciente necesidad de trabajo vivo en la producción “socialmente necesaria” no se expresa en la actualidad por más “tiempo libre” (como quieren las lecturas más simples a lo Rifkin e incluso Gorz), sino por formas de trabajo asalariado precarias²³: los trabajadores expulsados del “mercado formal” reingresan (si es que llegan a hacerlo) al salariado como precarios. Reconfigurada de esta forma la cadena de valorización, nos encontramos con un capital cuyas opciones de rentabilidad son máximas, frente a un trabajo (todavía más) fragmentado y con mecanismos de respuesta deteriorados.

5

Identidad, trabajo y acción colectiva.

Imposible concluir.

En el contexto descrito, los procesos de construcción identitaria adquieren una complejidad impensada: es necesario afianzar las armas teóricas. En ese sentido, creemos necesario retomar una perspectiva amplia, que no caiga en el determinismo objetivo de la “situación de trabajo” sobre la identidad de los trabajadores, ni en el subjetivismo extremo que pierde de vista el contexto (las relaciones de fuerza y de poder, los “sistemas de acción”, al decir de Hall) en el que se inscriben los procesos de constitución subjetiva de la identidad²⁴. En esta línea, Dubar (2001) afirma que la identidad es “construida” por actos de atribución y de incorporación (una particular forma de la relación dialéctica entre lo colectivo y lo individual): el objetivo justamente debe ser cruzar los “sistemas de acción” (que construyen identidades virtuales) con la “trayectoria social” de los trabajadores, ya que es ahí donde ancla el núcleo de la construcción identitaria, *locus* de formación de las identidades *reales*. Ese lugar está justamente en el ámbito de lo simbólico y la metodología

sociedades que integran los servicios a la atención de sus cadenas productivas hacia delante o hacia atrás; o en otras donde los servicios se convierten en actividades refugio de trabajadores expulsados del proceso productivo por economías que se asemejan a armadurías o a plazas de consumo de la producción importada.” (Basualdo *et al.*, 1999).

²³ “Cada erogación de trabajo asalariado deja traslucir su no-necesidad, su carácter de “costo social excesivo”. Pero esta no-necesidad se manifiesta en todo momento como perpetuación del trabajo asalariado en formas precarias o “flexibles”.” (Virno, 2000).

²⁴ Seguimos en este punto los planteos de Battistini (2004).

basada en las “historias de vida” parece ser la más adecuada. La reconfiguración de los procesos de construcción identitaria en el caso de los trabajadores precarios y “externalizados”, mucho tiene que ver con los cambios al nivel de las “situaciones de trabajo”: como ya es evidente, su vínculo con el trabajo es cada vez menos sólido. Queda todavía el interrogante sobre la posibilidad de construir “acciones colectivas” en torno al ámbito laboral: sólo la profundización de la reflexión teórico-política y el trabajo de investigación nos permitirán, quizás, algunas certezas.

Estamos seguros, sin embargo, de que en la actualidad posfordista se hace más necesario que nunca librarse de los mecanicismos: las nuevas “articulaciones socio-laborales”²⁵ tienen más que ver con el “campo de la subjetividad” en el marco del fin del empleo tal cual lo conocíamos. Dos precisiones (de la mano de Beaud y Pialoux), para aclarar este punto. Por un lado, en su análisis, los comportamientos no son deducidos de posiciones ni de construcciones psicológicas imaginadas para la ocasión: el desciframiento opera a la inversa. Por otro, reivindicando el análisis de clases, apuestan a encontrar en la “condición obrera” todavía vigente, nuevas formas de acción, más allá de la “estatalización” del asalariado²⁶.

La embestida tecnológica, a partir de las tecnologías de la información y la “disciplina maquínica”²⁷, completa un cuadro bastante más sombrío (al menos desde la realidad periférica) que el imaginado por Hardt y Negri: la *multitud* por estos pagos está lejos de apropiarse de la “metamorfosis maquinal”, aunque sería posible (y necesario) repensar esas categorías para darles “potencia” en nuestro entorno.

Bibliografía:

- Antunes, Ricardo (2003): *¿Adios al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Buenos Aires, Herramienta.

²⁵ Cfr. Bialakowsky y Hermo (1995).

²⁶ En ese sentido, Alaluf y Rolle (2001: 248), afirman que para abordar los problemas opacados por el “estatalismo”, será necesario “...habituarnos a buscar en la explotación de lo social algo más que la sombra del Partido. Los análisis que requerimos no pueden provenir ni de una escolástica estéril, atada a la literalidad de las tesis de Marx, ni de una explotación indefinida del mundo social, declarado inagotable de modo arbitrario, rebelde a toda explicación y, por supuesto, a toda acción política.”

²⁷ Gaudemar (1978: 103) propone tres ciclos largos en la historia de las tecnologías de dominación capitalistas: “Un ciclo panóptico, un ciclo de disciplinarización extensiva (fabrica y exterior), un ciclo fundado por el doble proceso de objetivación/interiorización de la disciplina en un proceso de trabajo remodelado por el maquinismo, ciclo que propongo podría llamarse ciclo de disciplina maquínica.”

- Alaluf, Mateo y Rolle, Pierre (2001): “¿Clase sin obreros? ¿Obreros sin clase?” en AA.VV., *Lo que el trabajo esconde*, Traficantes de sueños, Madrid.
- Azpiazu, Daniel, Basualdo, Eduardo y Khavisse, Miguel (2004): *El nuevo poder económico en la Argentina de los años '80*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Azpiazu, Daniel (1991): *Programas de ajuste en la Argentina de los años ochenta: década perdida o decenio recesivo*, mimeo.
- Basualdo, E. (1992): *Formación de capital y distribución del ingreso durante la desindustrialización*, IDEP/ATE, Cuaderno N° 20.
- Basualdo, E. (2001): *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Basualdo, E., et al. (1999): “Trabajo y Civilización. Los datos de la experiencia argentina”, en Lozano, C. (comp.): *El trabajo y la política en la Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires, Eudeba.
- Battistini, Osvaldo (comp.) (2004): *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, Ed. Prometeo.
- Bauman, Z. (2003): *Modernidad líquida*, FCE, Buenos Aires.
- Bensaïd, Daniel (2005): “Multitudes ventrílocuas. (A propósito de Multitudes, de Hardt y Negri)”, en Revista Herramienta, N° 28.
- Bialakowsky, Hermo, Lusnich (2002): Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local, Revista Herramienta N° 23.
- Bialakowsky, Alberto (2002): Los silencios sociales de la economía, Revista Lavboratorio, N°8.
- Bialakowsky, A. y Hermo, J. (1995): “¿Puede la sociología del trabajo dar cuenta de las nuevas articulaciones laborales?”, en Revista del Trabajo. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de la Republica Argentina, Año 2, Numero 8.
- Bialakowsky, A. et. al. (2001): Proceso de trabajo y padecimiento en la exclusión social. Revista Herramienta, N° 15, Buenos Aires.
- Bialakowsky, A. (1995): *Las articulaciones laborales. Los estibadores del puerto de Buenos Aires*, Centro Editor de America Latina, Buenos Aires.
- Beaud, S. y Pialoux, M. (2000): La clase obrera en el año 2000, en *Le monde diplomatique*, junio de 2000.
- Braverman, Harry (1974): *Trabajo y capital monopolista*, México DF, Ed. Nuestro Tiempo.
- Castel, Robert (1997): *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Ed. Paidós.
- Coriat, Benjamin (1992): *Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa*, Siglo XXI editores, México.
- De la Garza Toledo, E. (Coord.) (2000): *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, FCE, Mexico.
- Dubar, Claude (2001): “El trabajo y las identidades profesionales y personales”, en Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo N° 13, diciembre de 2001, Buenos Aires.

- Filadoro, Ariel (2003): “Capitalismo: crisis, crítica y alternativa” en Matellanes (2003), op. cit..
- Gaudemar, J.P. (1978): “Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista de trabajo” en *Espacios de poder*, autores varios, Ed. La Piqueta.
- Gorz, A. (1998): *Miseria del presente, riqueza de los posible*, Paidós, Buenos Aires.
- Harvey, David (1990): *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Iñigo Carrera, N. (2000): “Causas y efectos de la flexibilización”, en *Le Monde Diplomatique*, junio de 2000.
- Jameson, Fredric (1999): *El giro cultural*, Manantial, Buenos Aires.
- Lipietz, Alain (1994): *El posfordismo y sus espacios. Las relaciones capital-trabajo en el mundo*, Buenos Aires, PIETTE-CONICET.
- Lukacs, Georgy (2004): *Ontología del ser social: el trabajo*, Ed. Herramienta, Buenos Aires.
- Martínez, Oscar (comp.) (1997): *Japón: ¿Milagro o pesadilla?*, Buenos Aires. Taller de Estudios Laborales.
- Martínez, Oscar (2000): *Izquierda, Instituciones y Lucha de Clases*, TEL, Buenos Aires.
- Marx, Karl (1971): *El Capital. Libro I. Capítulo VI (inédito)*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Marx, Karl (1999): *El Capital. Crítica de la economía política*, 3 Tomos, México DF, Siglo XXI Editores.
- Matellanes, Marcelo (2003): *Del Maltrato Social. Conceptos son afectos*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas.
- Muto, Ichiyo (1996), “Luchas de clases en Japón de posguerra, pasado, presente y futuro”, en *Toyotismo, lucha de clases e innovación tecnológica en Japón*, Buenos Aires, Antídoto.
- Negri, Antonio (2001): “Toni Negri entrevistado por Herramienta”, en *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, N° 15, Buenos Aires.
- Negri, Antonio y Guattari, Felix (1996): *Las verdades nómadas. Por nuevos espacios de libertad*, Buenos Aires.
- Negri, A. y Hardt, M. (2000): *Imperio*, Paidós, Buenos Aires.
- Sennett, Richard (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Ed. Anagrama.
- Svampa, M.(2000): *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales*, Buenos Aires, Ed. Biblos.
- Virno, Paolo (2003): *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Buenos Aires, Ed. Colihue.
- Watanabe, Ben (1997): “Organizar a los desorganizados”, Buenos Aires, Periferias N° 2.